

Viene de la página anterior

ciones en el *esplai* por la tarde, hasta las ocho, hora de volver a la jaima, a cenar con la familia.

La comunión entre los jóvenes y la hospitalidad de los saharauis es tal que incluso llegan a sonar campanas de boda. La joven Hadyuni decidió organizarles a sus hermanos catalanes Jonathan y Doris una boda saharauí por todo lo alto. «¡Nos juntamos unas 40 personas!», recuerdan los jóvenes. Y la fiesta y los bailes duraron hasta que la madre de Hadyuni disolvió la ceremonia.

Consagraciones de amor adolescente al margen, durante la estancia de los chicos en el campamento cada noche se repite el mismo ritual. Primero, la cena con las familias. Arroz hervido, lentejas, pasta, cuscús... Pese a la pobre variedad de los alimentos llegados de la ayuda humanitaria –los únicos de los que disponen–, la imaginación y el esmero del pueblo saharauí convierten el rancho en el más apetitoso de los manjares. Después, llega el momento del té. Y de tatuarse las manos –y lo que se tercié– con henna. Y, cuando padres y her-



Elizaveta (con el jersey rojo) llama a su hija de 6 años, Brisa, que está en Paraguay, desde un locutorio de la calle de Sant Pau, en el Raval.

es su vida», dice el director

«Las chicas nos preguntan por qué preferimos trabajar a cuidar a los niños»

manos varones se retiran, las adolescentes saharauis se quitan el velo y sacan su arsenal de risas infinitas, que parece que llevaban años guardando para entregárselas a sus hermanos catalanes en su estado más puro.

«La prioridad es causar en el alumno una situación de crisis, para que se plantee cómo es su vida y se dé cuenta de que existen otras formas de entender la sociedad, la familia... Así puedan comparar y elegir», apunta Para. «Hace que te replantees muchas cosas que una chica saharauí de 15 años te pregunte por qué en tu país dejáis a vuestros padres en un asilo cuando son mayores, o por qué preferís trabajar a tener hijos», añade el director del centro. Basta con mirar los rostros de los chicos para darse cuenta de que los objetivos se cumplen con creces. «Esto no acaba aquí. Ahora empieza el verdadero viaje. Toca ser su voz, y gritar al mundo que miles de saharauis hacen de un infierno el pueblo más acogedor del mundo. No vamos a permitir otros 33 años de locura», sentencia Ricky, estudiante de primero. ≡

## EDUCAR A LOS HIJOS A MILES DE KILÓMETROS DE DISTANCIA

# Madres transoceánicas

España recibe a mujeres de países pobres para cuidar a niños y ancianos. Ellas dejan a sus hijos en su país y mantienen el vínculo desde el locutorio.

CATALINA GAYÀ  
BARCELONA

En la cabina 5 está Nancy Ramos enganchada a un teléfono del locutorio discutiendo con su madre el tiempo que el hijo de Nancy, Simon Jesús, debe jugar con la playstation. Su madre, Dora, y su hijo están en Ecuador; Nancy vive en L'Hospitalet y lleva físicamente separada de su hijo dos años. A su lado, en la cabina 6, una mujer boliviana intenta explicarle a alguien que los 50 dólares que envió eran para comprar un regalo para su hijo y no para malgastarlos. «¡Es su cum-

pleaños!», grita al auricular. La mujer de la cabina 6 empieza a llorar con desespero. En la 5, a Nancy también le resbalan las lágrimas. Simon Jesús hoy no está muy hablador. Tiene 5 años y quiere jugar a la play. Nancy sabe que el desplante «es normal», pero eso no quita lo triste.

Nancy le ha dicho: que haga caso a la abuela, que tome las vitaminas, que lo llama mañana. El niño ya se ha escapado. El locutorio de L'Hospitalet se llena poco a poco de mujeres que acuden a hablar con sus hijos. Aquí son las 20.00 horas; en Ecuador, las 13.00. En Bolivia y Paraguay, las 14.00. En Colombia, las 13.00.

Lo primero que mira Livia cada vez que cambia de trabajo –y ya ha

«Estoy aquí para que mis hijas tengan una buena educación», dice una colombiana

pasado por varias casas cuidando ancianos y niños – es si en el barrio hay locutorios. Desde el martes, trabaja en Sant Adrià. Está contenta: habrá locutorios cerca de la casa. Antes trabajaba en La Bonanova y buscar cada noche un locutorio desde donde poder llamar a sus dos hijas era una larga excursión. Claro que no dejaba de llamar religiosamente entre las 19.00 y las 20.00 horas. Escuchar a Daniela, de 11 años, y Alejandra, de 20, le da fuerzas para seguir.

Por ellas está aquí; es a ellas a las que manda dinero para que «no les falte nada». Su marido gana el equivalente a seis euros cada día por 14 horas de trabajo. Nancy y Livia son madres transoceánicas. Trabajan en



►► Argentina Duval habla con sus familiares en Santo Domingo, desde un locutorio de Santa Caterina. En su país dejó a tres hijos hace nueve años.

sacan unas fortalezas que desconocían y que por haber dejado a sus hijos se elevan a la enésima potencia».

Para Rodríguez, lo más importante es que no pierdan el vínculo y que no se conviertan en Papá Noel, es decir, que no solo les envíen regalos ni les pinten un panorama idílico. La pedagoga expone que del tipo de relación que se establezca dependerá la integración posterior del hijo si llega a vivir a España.

Livia lo tiene claro. «Yo soy sincera. Les digo que trabajo hasta 19 horas. Me gustaría que mi marido me dijera que me necesita a su lado. Me pierdo el ver crecer a mis hijas. Estar aquí tiene un precio y, a veces, no sé si vale la pena», duda.

La voz ha corrido. Al empezar este reportaje, acudimos a varias asociaciones de mujeres para que nos pusieran en contacto con madres transoceánicas y visitamos locutorios. Desde las asociaciones, pasaron el reclamo. El teléfono no ha dejado de sonar. Algunas mujeres solo llaman para decir que también han tenido que venir a vivir a España sin sus hijos y que no se sienten bien por ello, pero que no tuvieron más remedio y que esto no las hace «malas madres bolivianas». Otra explica que sus hijos solo la ven como una cuenta corriente y que cuando llama le piden cosas: «Mándame dinero». Una mujer deja claro que no se podría haber ido sin sus hijos.



►► Nancy Ramos le pide a su hijo, Simon Jesús, que se porte bien desde un locutorio en L'Hospitalet.

**El desahogo**

En los locutorios, si una mujer habla, las otras se desahogan. En algún momento, todas lloran. Argentina Duval ahora ya es abuela. Está convencida de que allá estaba mejor, pero no sabe cómo arreglarlo porque la familia necesita el dinero. Llegó hace 9 años y sigue llamando cada semana. «Estoy nerviosa porque este año quiero ir. Ellos están con su papá y con su abuela paterna. Quizá si hubiera estado allá, ahora no sería abuela, ¿quién sabe?».

Gloria es paraguaya y saca la foto de su niña de 6 años de su bolso. La dejó hace ocho meses y no puede hablar porque las lágrimas le tapan las palabras. No sabe cuándo podrá ir a verla. «Lo hice por ella. Ella no quería, pero qué remedio tenía. La dejé con mis padres», afirma.

En cada cabina se vive una historia. «Vienen los fines de semana. Muchas salen llorando, por eso se nota que tienen hijos allá», dice el dueño de un locutorio en la calle de Sant Pau, en el Raval.

Nancy ha pasado tantas horas en el locutorio que en uno de tantos conoció a su pareja actual. «Te amamos», le escribe Daniela por chat a Livia. Lloro mientras Daniela le explica que bailará en la escuela. No lo verá. A Livia, le caen las lágrimas en el locutorio de Sant Adrià. «Escribirás algo triste porque la realidad es muy triste», concluye Livia. ≡



►► Livia habla y chatea con su hija pequeña, Daniela, y su marido, Joaquín, desde un locutorio de Sant Adrià.

España, pero tienen a sus hijos en sus países natales. Esos minutos, a veces 15 y otras hasta dos horas, que pasan en el locutorio les permite seguir ejerciendo de madres hasta que, dicen ellas, sus hijos puedan venir a España o ellas puedan visitarlos, algo que ven muy lejano.

Algunas como Argentina Duval, de Santo Domingo, dejaron a sus bebés hace nueve años; otras como Gloria, de Paraguay, hace solo ocho meses. Todas están convencidas de que ellas tienen que estar aquí, en Europa, para darles una mejor educación a sus hijos allá. Mantener el contacto es la única manera de seguir presentes y eso lo hacen en los locutorios. El mensaje electrónico es frío; el teléfono es la mejor vía, y el locutorio, lo más barato.

**Acuerdo familiar**

El viaje de estas mujeres fue acordado por consenso familiar: ellas trabajarían en un país rico porque para las mujeres es más fácil encontrar trabajo en la economía sumergida y los familiares (esposo, madre, hermanas) cuidarían a sus hijos. En todo el mundo dos millones de mujeres emigran cada año dejando a sus hijos en sus países de origen. En España, residen 1.700.000 mujeres inmigrantes, con una media de 34 años, el 80% de ellas empleadas en servicio doméstico, el comercio y la hostelería.

Los expertos explican que en ciudades como Madrid y Barcelona estas mujeres se emplean en sectores rechazados por las autóctonas. «Es la respuesta del estado-nación a una prospectiva de demanda labo-

ral que siempre ha supuesto que dicha ocupación es un trabajo de mujeres», se lee en un artículo de Natalia Ribas, socióloga y especialista en migración femenina.

Estas mujeres ocupan el papel que las mujeres habían tenido aquí tradicionalmente y el que ellas hubieran seguido reproduciendo si no hubieran emigrado: cuidan a niños y a abuelos. Claro que no son los suyos. «Me agarré a las niñitas que cuidaba como si fueran mi hijo», explica Nancy. «Cuidamos niños y dejamos a los nuestros», dice Livia.

Ella tiene 42 años y cada mes manda entre 600 y 700 euros a Colombia. Nancy tuvo a su niño en España, pero aquí, dice, «no podía educarlo». Madre soltera y extranjera no le daban ni el sueldo ni las horas para poder estar con él. Lo dejó con su madre en Ecuador, pero habla de él como si supiera que ha bostezado hace cinco minutos. En Guayaquil, pusieron una foto de ella en el salón: «Así no me olvida».

Nora Rodríguez, pedagoga y autora de *Educar desde el locutorio. Ayuda a tus hijos que sigan creciendo contigo*, explica que lo primero que la sociedad y estas madres deben aprender es que «no hay un único modo de vivir en familia». «La madre sigue educando desde la distancia y ellas

MAITE CRUZ